

Christus vincit

Andrés Vázquez de Prada

La inmensa asamblea entona el canto de entrada:

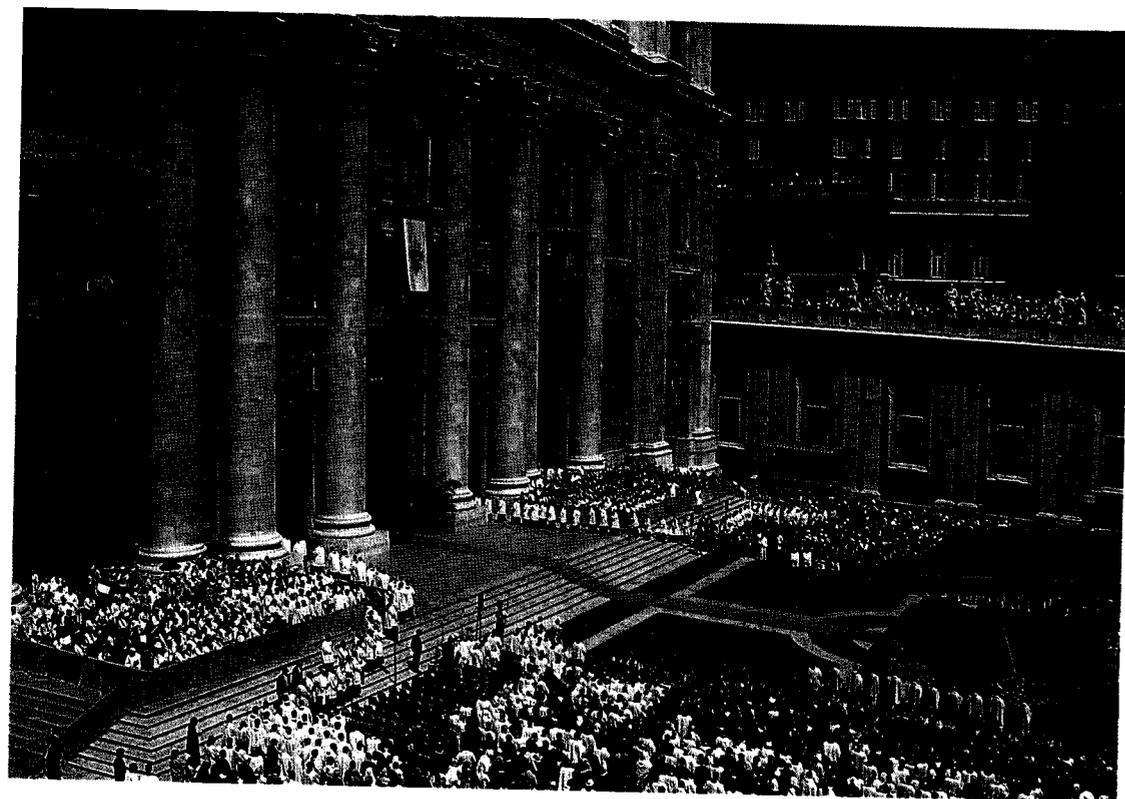
Lauda, Jerusalem, Dominum;

lauda, Deum tuum, Sion...

El Papa cierra la comitiva. Detrás de él, se entornan los portones de bronce del atrio.

El interior de la basílica queda en silencio y de los altos ventanales caen, sesgados, regueros de sol. La armónica proporción de la arquitectura del templo engaña a los sentidos en las distancias, peso y volumen. La alta bóveda descansa sobre las pilastras que, de trecho en trecho, separan la nave central de las laterales. En estas pilastras, como en nichos, están las estatuas de los grandes fundadores a lo largo de los siglos: San Vicente de Paúl, San Benito, San Francisco, San José de Calasanz, San Ignacio, Santo Domingo...

La basílica ha quedado en silencio. En la dormida quietud de su ámbito parece oírse un leve rumor de labios de mármol. Escuchamos. Los santos adosados a las pilastras, de pie en su nicho, inmóviles en su gesto de piedra, parecen entablar conversación de un lado a otro de la nave. Y, de pronto, con leve



*Regnare Christum
volumus! ¡Queremos
que Cristo reine!*

sobresalto, oímos hablar en castellano. Alzamos los ojos a la pilastra de nuestra derecha, dominada desde lo alto por la figura de Teresa de Jesús; y volvemos después la mirada a la izquierda, al nicho donde reside Pedro de Alcántara. Escuchamos en silencio su callada conversación.

Hablan de la “contradicción de los buenos”. Es, sin duda, prolongación de la charla que el santo y la santa mantuvieron en cierta ocasión, allá en Castilla, cuando Teresa era atacada por todos. Un grupo de clérigos y gente piadosa le acusaban de ser monja embaucadora e insumisa; y, según algunos buenos cristianos, de estar seducida por el mismo demonio. Así pasó una temporada de indecible sufrimiento hasta que fray Pedro de Alcántara, reformador franciscano y fundador de conventos en Castilla y Extremadura, devolvió la paz a su alma. Recordándole, aseguraba Teresa que la “contradicción de los buenos”, y de los que no son tan buenos, es una de las más dolorosas pruebas que puede pasar un alma.

Imposible seguir de cerca a Cristo si no estamos dispuestos a cargar con su Cruz. Esto es, si no conllevamos con gallardía el peso de la tribulación, del dolor, de las enfermedades y humillaciones. Y santos hay que han tenido, y tienen, que soportar calumnias e insultos aun después de muertos...

De fuera llega como un clamor de voces y un fragor de aplausos. Desde el atrio de San Pedro puede verse, hasta donde alcanza la vista, a la inmensa concurrencia, bañada en sol, cantando jubilosa el

Christus vincit, Christus regnat;

Christus, Christus imperat.

La Iglesia, por boca del Papa, acaba de pronunciar oficialmente Beatos a Josemaría Escrivá de Balaguer, sacerdote fundador del Opus Dei, y a Josefina Bakhita, virgen, religiosa canosiana.

Prosigue la liturgia de la misa y, después del Evangelio, en la homilía, Juan Pablo II comenta el texto de los Hechos de los Apóstoles (*Hch 14, 22*): *Es necesario pasar muchas tribulaciones para entrar en el reino de Dios.*

Porque la Cruz es el signo del amor de Cristo. El padecer con Cristo y por Cristo, imitando su vida, es el signo que hermana a todos los santos, Josefina Bakhita (que significa “la Afortunada”) nació en Sudán en 1869. De niña fue raptada por negreros y vendida y revendida en los mercados africanos. Su cuerpo quedó marcado por las atrocidades infligidas por la crueldad de sus amos; la Providencia la sostuvo y, un día, recibió el bautismo en Venecia y profesó de religiosa.

En la vida del Beato Josemaría Escrivá hay cuarenta y siete años de predicación infatigable, anunciando la llamada universal a la santidad y al apostolado. La amorosa gestación del mensaje fundacional, recibido de Dios, dejó impreso, en su cuerpo y en su espíritu, la dolorosa huella de trabajos y padecimientos incalculables. Pero, en medio de tan prolongada prueba, el Beato Josemaría siempre se supo, por la fe, hijo de Dios en Cristo; de ahí su constante alegría.

En estos momentos precisamente, el Santo Padre está leyendo una cita de los escritos del fundador:

Tener la cruz es encontrar la felicidad, la alegría: tener la cruz es identificarse con

Cristo, es ser Cristo y, por eso, ser hijo de Dios. Más de doscientas cincuenta mil personas escuchan con atención y con gozo. Hoy es día de fiesta. Un santo fundador ha regalado a la Iglesia, de manos de Dios, una nueva espiritualidad para santificación de los cristianos en el mundo.



Todo está ya listo. La plaza de San Pedro aguarda a los peregrinos.